

CARTAS A MIS ALUMNOS

Poned el cristianismo contra las cuerdas

Cartas a mis alumnos
Poned el cristianismo contra las cuerdas

Instituto John Henry Newman de la Universidad Francisco de Vitoria
en colaboración con la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

Ejemplar gratuito

Diseño de portada: Isabel Fernández-Pacheco Serrano

Primera edición: julio de 2023

ISBN edición impresa: 978-84-19488-69-5

ISBN edición digital: 978-84-19488-70-1

Depósito legal: M-20825-2023

Producción editorial: MCF Textos, S. A.

Impreso en España - Printed in Spain

CARTA 1. Desde mi casa, un día de enero	7
CARTA 2. Febrero, contemplando el jardín	19
CARTA 3. Marzo, llegó la primavera	27
CARTA 4. Abril, tras un paseo	43
CARTA 5. Mayo, comienzan los días largos	55
CARTA 6. Junio, he vuelto a la universidad	67

CARTA 1

Desde mi casa, un día de enero

Queridos alumnos:

Un imprevisto me ha cambiado el rumbo y no puedo seguir impartiendo la clase este curso. Si todo se encauza volveré en otoño. La vida es tozuda y a veces no nos permite hacer aquello que queremos, lo que ni siquiera hemos puesto en duda nunca. No se trata de edad, se puede ser joven y que algo te haga ser viejo de pronto, como a mí ahora. Algo inesperado nos dobla y nos pone de cara a otro lugar. Pero siempre hay un resquicio de libertad que nos permite ser creativos y yo no me resigno a separarme de vosotros, el grupo que siempre me escucha y confronta lo que digo, ¡los que no me lo ponen fácil!, los alumnos con los que siento una relación especial. Creo que también os pasa así a vosotros ¿no es así? Nuestras conversaciones siempre nos han hecho sentir un « ¿¡A ti también!?» que no pasa con todas las personas. Por eso, si vosotros queréis, podemos seguir teniendo la clase por esta vía tan antigua como es

la carta. A diferencia de otros métodos, este me permite reposar lo que quiero deciros y a vosotros masticar lo recibido. De esta manera podremos seguir unidos, enseñando y aprendiendo, lo que queda de curso.

No sé si a os pasará como a mí, pero muchos días, al volver a casa, me llevo todas vuestras preguntas conmigo, también las que no me hacéis, pero están ahí, clavadas en vuestros ojos y lanzadas como dardos. Podría no escucharlas, pero entonces, ¿para qué me hice profesor?

Muchas de vuestras preguntas son las mías. Pensaréis que no, me veréis más mayor que vosotros y creeréis que tengo todo solucionado, que aquello que a vosotros os hace daño yo lo resolví como por arte de magia, como si los años apaciguaran la vida. No es así.

A veces las preguntas que nos hacemos mueren antes de ser pronunciadas porque ¿para qué?, si no van a tener respuesta. Pero estas cuestiones son las que merecen mucho la pena. Estáis en la universidad para responderlas. Es aquí donde tenéis la suerte de dedicaros a pensar. Luego, os aseguro, la vida va muy rápido. Vivid atentos. Dependéis de esto, de que todo lo que os ocurra os haga preguntaros «Y esto, ¿a mí qué?». Cuántos más «qués» podáis responder mejor habréis hecho esta travesía.

Uno de vosotros me decía la otra tarde que el día a día le parecía cansado, que estaba harto de sentirse inseguro, con los amigos, con los amores y harto de que no cambie lo que no le gusta de los demás, y lo

que es peor, lo que no le gusta de él. Hay una grieta constante por donde se mete la tristeza, ¿verdad? Le ponemos cemento armado a veces, pero nada. Entra por las rendijas. Pero ¿y si esa rendija fuera nuestra aliada? Si por ahí, gracias a que está abierta, se metiera algo bueno. Quizá la melancolía es la única manera de seguir despiertos, de seguir deseando ser felices. Quizá el único camino es mirar de frente lo que nos pasa para poder vivir a fondo.

Cada día yo también lo intento.

Si me dejáis vuelvo a hacerlo con vosotros.

¿Queréis seguir este camino? ¿Queréis seguir leyendo?

Tenéis la idea, como la tengo yo, de que la vida buena es la vida que nos pone en pie cada mañana dispuestos a comernos el mundo porque no hay nada que lo oscurezca. Pero, resulta que esa vida buena no la conoce nadie, porque no existe. Siempre hay algo que te hace decir «si esto no estuviera... podría ser feliz». Las circunstancias por las que pasamos pueden ser vividas como bofetadas que nos suceden y no merecemos o como signos de un camino mucho más profundo y largo que no alcanzamos a comprender ahora pero que quizá se irá desvelando y llegaremos a entender. Nuestra vida va siendo hecha a través de todo lo que nos sucede, heridas y alegrías, que también dejan sus cicatrices de esperanza. Y es aquí donde entra la pregunta por el sentido de la existencia. No es abstracta, es en nuestra vida: ¿qué sentido tiene

la vida que tengo? Podemos ser protagonistas de la pregunta o asalariados de una vida que nos tiraniza. Podemos ser testigos de excepción de lo que en ella ocurre o podemos ser víctimas.

Pero lo primero que quiero que tengáis claro es que no estamos mal hechos. Lo que nos sucede a nosotros les sucede a todos. Llevamos dentro una búsqueda, la necesidad de saber para qué nos levantamos cada mañana. Nos respondemos con medias verdades «para ir a clase», «para aprobar», «para coger el autobús pronto y que no esté lleno» ... pero, de verdad, ¿para qué te levantas TÚ cada mañana?

Podemos dar respuestas parciales, que solucionen más o menos la cuestión, pero lo que nuestro corazón de verdad anhela es un sentido que ilumine todo, vida y muerte. Por eso, **Victor Frankl** nos cuenta en *El hombre en busca de sentido* que no le sirve saber si va a sobrevivir o no al campo de concentración. Lo que necesita saber realmente es para qué tanto sufrimiento. Porque una vida cuyo sentido dependiera, en última instancia, de la casualidad, de la casualidad de haberle caído simpático al guardia o no, de haber podido comer algo en días o no, (y que aquí ponga cada uno su circunstancia ¡nosotros no estamos en campos de concentración!), no merecería en absoluto la pena ser vivida.

Os he dicho que estas cartas pretenden seguir nuestra clase y por eso os seguiré dando a autores que es importante que conozcáis. **Ortega y Gasset** es uno

de ellos, él entiende la filosofía como un camino para buscar estas respuestas. Leed lo que nos dice:

¿Cómo se puede vivir sordo a las postreras dramáticas preguntas? ¿De dónde viene el mundo, a dónde va? ¿Cuál es la potencia definitiva del cosmos? ¿Cuál es el sentido esencial de la vida?

No podemos alentar confinados en una zona de temas intermedios, secundarios. Necesitamos una perspectiva íntegra (...). Y no es pretexto bastante para esa insensibilidad hacia las últimas cuestiones declarar que no se ha hallado manera de resolverlas. ¿Razón de más para sentir en la raíz de nuestro ser su presión y su herida! ¿A quién le ha quitado nunca el hambre saber que no podrá comer?

Por tanto, la búsqueda que sentimos en nuestro interior no depende tanto de la seguridad de encontrar la respuesta. Al igual que sentimos hambre haya o no comida para saciarla. Estamos así hechos. Por eso dice el poeta **Jesús Montiel** que el viaje más difícil se hace quieto, sentado en uno mismo. Y este viaje hay que hacerlo, no podemos evitarlo. Porque el primer deber que tenemos con nosotros mismos es tomarnos en serio, tomar en serio las preguntas que llevamos. Esta es la primera forma que tenemos de cuidarnos y respetarnos, buscar por qué estamos aquí, por qué pudiendo no haber nacido, lo hicimos y hay gente que nos ama.

Os doy gracias porque sois de esos alumnos que han decidido hacer el viaje. Desde la tarima el profesor es capaz de ver esto. Gracias, porque vuestra frente siempre se ha levantado hacia mí como una profunda interrogación a la espera de algo que merezca la pena... También contemplo vuestra insatisfacción ante la vida. No es distinta a la mía. Y no es porque seamos caprichosos o maleducados ante lo que se nos ha dado. Estamos insatisfechos porque estamos hechos para algo grande que muy pocas veces llegamos a tocar. Lo decía **Bécquer** y lo dice **Karmelo Iribarren**, dos poetas de distinta época y de igual corazón. El escritor andaluz enumeraba muchas cosas bellas que en su día había como el día coronado de fuego al levantarse, y comer y dormir... y la desgracia de que todo esto solo no le baste. E Iribarren nos provoca al escribir: *«Me refiero a cuando te quieren y hace sol y no te duele nada, a cuando tienes el mundo rendido a tus pies y no te basta»*. ¿Os pasa? Porque es fácil desear con fuerza cuando las cosas no van bien, pero ¿cómo nos explicamos querer algo más cuando todo parece que está en orden?

El corazón parece no estar tranquilo nunca, no estar conforme, no darnos un respiro. Y ante esta sensación tan incómoda nos decimos: «¡Empieza a desear dentro de un marco lógico y aceptable!». La periodista **Rosa Montero** daba la posible solución en una de sus columnas: *«Desear lo que podemos razonablemente obtener, lo que podemos abarcar. O sea, conseguir esa*

especie de tautología emocional que consiste en aprender a desear lo que uno tiene». Bueno, si lo conseguís, me avisáis. Pero me permito ofreceros otra vía: aceptar este dato como signo. Si estamos así hechos debemos buscar la razón. En la búsqueda quizá surgirá la tristeza, pero esta tristeza no es desesperanza, es el resultado del esfuerzo laborioso de ver la desproporción entre lo que deseamos de la vida y lo que esta nos puede ofrecer. Si sois conscientes de vuestra tristeza y la dejáis de tratar como enemiga será más fácil que sepáis ver la grandeza de vuestra vida, la nobleza de vuestro destino. Quizá estamos así hechos para seguir buscando la respuesta, para no conformarnos con verdades y felicidades a medias. Es más cansado, pero más apasionante. Lo dice muy bello **Eloy Sánchez Rosillo**:

«Cuando el dolor te venza y te derrumbe y des con tus huesos en una noche ciega, no pienses ante todo en escapar: indaga en el hondo misterio que supone que ese dolor exista, igual que existen el pájaro y la flor, la hormiga o las estrellas. Y escarba en sus escorias enigmáticas con corazón dispuesto y manos que se entreguen a buscar la verdad sin titubeos. Escarba en tu dolor hasta llegar al fondo de la tiniebla y el espanto. Allí verás sin duda el rostro de la muerte. Pero no desfallezcas. Si tu espíritu no se rinde y prosigue, tal vez descubras luego, bajo la tierra estéril de las devastaciones, una escondida fuente. De ella brota

un agua fresca y viva que es también una luz, la más intensa luz, la luz más pura».

Queridos alumnos ¿qué muertes y oscuridades, qué luces y fuentes habéis descubierto vosotros en el camino? Miradlas de frente, es el momento.

De esta manera nos convertimos nosotros en promesa, todo lo que hacemos es caminar como si alguien nos hubiera prometido algo a la vuelta de la esquina. La promesa y la esperanza están en el origen de nuestra hechura. Así nos lo vuelve a decir **Montiel**: *«La esperanza abre los ojos de cada persona cada mañana, como los comerciantes la persiana de su negocio. Todos los días abrimos los ojos porque esperamos algo. Porque en el fondo creemos que algo va a llegar siempre».* Pero esta espera siempre está en función de algo externo, de alguien que venga en nuestra busca, de alguien que nos salve de nosotros mismos, de nuestros límites, de alguien que nos quiera tal y como somos, sin cambiar nada, de alguien que dé sentido a cada suceso, a cada paso dado. Pero este tú no siempre sabemos quién es. Como dice este poema de **Par Lagerkvist**:

*«Un desconocido es mi amigo, uno a quien no conozco.
Un desconocido lejano, lejano.
Por él mi corazón está lleno de nostalgia.
Porque él no está cerca de mí.
¿Quizá porque no existe?»*

*¿Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia,
que llenas toda la tierra de tu ausencia?».*

Quizá estas afirmaciones os hacen sentir solos, pero también nos permiten sabernos acompañados, porque significa que estamos hechos para otro. Y es en este punto donde comenzamos a mirar al cielo o muy dentro de nosotros, es decir, fuera de nuestras posibilidades para encontrar quien puede estar a la altura de este amor que anhelamos, de esta compañía que necesitamos. ¿Habrà alguien? Mira a tu alrededor.

Cada uno, cada ser humano, con las palabras de su época, con su formación, desde su cultura y coordenadas en el mapa, cada hombre a lo largo de la historia ha expresado, de una forma u otra, su sentido religioso, que no es la práctica de los rituales de una religión ni siquiera la adhesión a una determinada piedad, sino la necesidad que tiene de buscar el ser humano fuera de él un significado trascendente que lo explique, que pueda dar un significado profundo a su existencia. Recuerdo la canción del cantante **Coque Malla**, un autor que se proclama ateo pero que afirma que ante la vida le salía pedir a otro, a un santo, que hiciera algo con ella, y cantaba:

*Santo, Santo, haz milagros,
mueve el mundo, cambia el rumbo
llévate los gritos de los hombres sin espíritu,
mi corazón,*

*llévate los grandes titulares, los desastres
y la superstición,
llévate también las sonrisas congeladas
y el abrazo del traidor,
llévate las torres infinitas con antenas,
lleva todo lo que puedas,
deja solo cosas buenas.
Santo, Santo, haz milagros,
mueve el mundo, cambia el rumbo,
deja en el altar los regalos de los dioses que pedimos
[sin cesar,
rompe las barreras, las fronteras, el silencio
[y los palacios de cristal,
toca nuestra frente y devuélvele a la gente el
[instinto animal,
dinos nuestro nombre verdadero, enséñanos
[el fuego,
líbranos del tiempo, líbranos del miedo,
llévate los gritos, llévate los golpes,
llévate la furia, llévate los ruidos,
lleva las promesas incumplidas, las beridas,
déjanos lo bueno, déjanos la vida,
haz que se abra el cielo y que sople fuerte el viento,
llévanos al mar y haz que pare el tiempo.
Santo, Santo, haz milagros.*

¿De dónde sale esta petición a alguien que no se conoce, que ni siquiera se cree en su existencia? De dentro

de nosotros, del fondo de nuestro ser, de la necesidad de que haya algo que de sentido a lo que nosotros no llegamos. ¿Os pasa?

Si estudiamos la historia podemos ver cómo en distintos lugares y épocas, marcados por culturas diferentes, han brotado al mismo tiempo las preguntas religiosas que caracterizan la existencia humana: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo y adónde voy?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida? Estas preguntas se encuentran en los escritos sagrados de Israel, pero están también en los escritos de Confucio y Lao-Tsé y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se hallan en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. De la respuesta que cada uno dio a tales preguntas dependió la orientación que le dieron a su existencia.

No todos tienen de Dios una idea exacta pero prácticamente todos afirman que existe. Ahora no se tiene tan clara esta afirmación, pero no por eso las personas dejan de preguntarse y de seguir buscando a ese amigo desconocido.

Platón en el *Fedón* supo explicarlo con mucha claridad y agudeza. Le decía a Sócrates que la verdad sobre todo lo que nosotros ahora acabamos de preguntarnos es muy difícil de encontrar en la vida, pero que no por eso podemos dejar de cuestionarnos sobre ello: «*Sería una vileza!*», nos dice. Y nos da dos

opciones: *«O se llega a conocerlas, o, si esto no se consigue, se agarra uno al mejor y más seguro entre los argumentos humanos y con este, como es una barca, se intenta la travesía del piélago. A menos que no se pueda, con más comodidad y menos peligro, hacer el paso con algún transporte más sólido, es decir, con ayuda de la palabra revelada de un dios».*

¿Creéis que es esto posible?

Por favor, no dejéis de tomaros en serio la pregunta. Tenéis libertad para huir, para no afrontarla, tenéis libertad para hacer lo que queráis, pero también sé que no dejaréis de sentir su mordisco y que tenéis todo el ímpetu para hacer bien la travesía. Sería una pérdida no emprenderla.

Os escribo en breve y seguimos.

Vuestro profesor

Queridos alumnos:

Sigo sin fuerzas para salir a la calle pero no para dejar de prepararme esta clase. Echo mucho de menos estar con vosotros. Lo hago mientras veo cómo el invierno parece haber arrasado el lilo de mi jardín. ¿Nacerá en primavera de nuevo? Me cuesta creerlo, pero tantas veces así ha sido, que estoy expectante por si vuelve a ocurrir.

A veces esto parece tan increíble como la petición del profeta antiguo: «*Ojalá rasgases el cielo y descendieses*». Ojalá florecieses de nuevo, me digo yo. Esta exclamación nos une con la carta anterior. La idea de que la iniciativa en último término no puede ser del ser humano sino de un ser que conozca el mundo y su destino, de Dios.

He leído con atención lo que me decíais, os he escuchado... la pregunta de uno de vosotros resume muy bien vuestro sentir: «Y si Dios existe, ¿qué?». ¡Fan-

tástica vuestra agudeza! Efectivamente, si existe tendremos que hacer cuentas con esa hipótesis, ¿en qué nos afecta a nosotros que Dios exista? ¿Acaso existe el Dios al que le importamos, al que le importo?

No penséis que estas preguntas han nacido con vosotros. El ser humano siempre se ha preguntado lo mismo y lo ha hecho de muchas maneras. Ninguna generación ha encontrado una respuesta infalible que haya pasado a sus hijos para ahorrarles la búsqueda. Desde el inicio de los tiempos, desde esa mano en Altamira que parece decirnos «*yo he estado aquí, yo he sido alguien, aunque vaya a desaparecer*», los hombres y mujeres han buscado los porqués de la existencia, del mundo, pero, sobre todo, de su existencia particular, que es la que nos duele. La realidad de cada uno es el punto de partida para empezarse a cuestionar, porque la razón no funcionaría si no hubiera algo que la despertara. Nos despierta el sufrimiento por la injusticia, pero también la compañía de alguien amado. La vida presenta situaciones ante las que surgen multitud de interrogantes, sintetizados en la gran pregunta del sentido. Y aquí es donde surge la búsqueda de la trascendencia. Lo que en la filosofía se llama la búsqueda del sentido último y en las religiones se identifica con la búsqueda de lo Absoluto o Dios. Esta conciencia religiosa del ser humano es lo que le lleva a reconocer su existencia como algo en relación con lo trascendente, con lo divino. Esta religiosidad es an-

terior a las religiones, de hecho, es lo que las origina y posibilita. La creencia religiosa depende de cada uno, pero la estructura religiosa es algo connatural a todos. Si os preguntara (nunca lo he hecho) si pertenecéis a alguna religión, entiendo que habría variedad de respuesta, pero de lo que estoy seguro es de que todos me diríais que os interesa el destino de vuestra vida y os dais cuenta de que de alguna manera no os pertenece. Todos estamos hechos igual, con esta sed de infinito. Desde los griegos hasta nuestros días, los hombres y mujeres que han pasado por este mundo han mirado al cielo llamando a un «Tú», aunque no sepamos ni siquiera si existe. Todo esto se expresa en tradiciones y fuentes orales y escritas muy antiguas. Pero, en caso de estar interesados en estos caminos que ya se han abierto en la historia, ¿por dónde empezar? Si quieres mi consejo, por ninguno.

No actuamos así con nada importante de nuestra vida. No estudiamos a todos los hombres o mujeres para decidir cuál es merecedor de nuestro amor, sino que nos enamoramos y entonces sabemos que ya hemos decidido. No estudiamos todas las ofertas universitarias posibles, sino que escuchamos nuestros intereses y vamos haciendo el camino y así elegimos la carrera. Igual que sucede con los amigos, aparecen como un enorme regalo y no problematizamos, simplemente compartimos la vida. De la misma manera sucede con la religión. No hay vida para conocer y

probar todas las religiones. La religión no se conoce leyendo libros sino practicándola. Si fuera así, las analizaríamos como un catálogo de creencias y de normas que no tienen nada que ver con nosotros, que no responden a la gran pregunta que tenemos: ¿Quién me hará feliz?, ¿quién salvará todo lo que yo amo?

Entonces, me preguntaréis, qué propongo. Bien, que busquéis pegados a vuestra experiencia, que miréis quién puede tener una propuesta inteligente que responda a lo que deseáis en la vida, una propuesta que sea capaz de mirar de frente toda la realidad, todo lo que sois, sin censurar nada, y seguid a los que la viven para ver si es real, si en ellos se cumple lo que dicen creer.

Y con estas indicaciones para el camino, yo os hablaré de la que conozco: el cristianismo. Precisamente porque mi conocimiento sobre ella tiene las características que os he dicho, parte de la experiencia, pero también de la razón, condición de todo universitario. He puesto contra las cuerdas mi cristianismo en muchas ocasiones. Me he subido al ring para ver si salía victorioso el corazón y la cabeza ante lo que proponía, ante su visión de la vida. Si uno de los dos tenía que callarse no valía. Hacedlo vosotros también, poned contra las cuerdas el cristianismo, tanto si creéis como si no, para saber por qué lo hacéis, por qué creéis o por qué lo rechazáis. Eso es tener la altura de alguien vivo, de alguien libre.

La razón teórica por la que empezar por el cristianismo no es ninguna osadía. Se trata de la fe que tiene una pretensión inaudita mayor en su planteamiento, afirma que su fundador es Dios mismo, que se hizo hombre en un momento determinado de la historia. Si esto es así, tenemos un camino de investigación y búsqueda. Además, suscitó una comunidad que perdura hasta el día de hoy y que sigue afirmando que Jesús vive. La figura de Jesús, que es histórica, así como el origen de la religión cristiana en Judea en el siglo I, nos pone delante de un hecho escandaloso: Dios entre nosotros. Todo esto hace de Él una cuestión histórica, humana y religiosa de inmenso alcance. La afirmación de divinidad no es conocida en hombre alguno más que en Jesús de Nazaret, lo cual se presenta como un desafío a la razón de cada uno de nosotros y una novedad sin precedentes en la historia de las religiones.

Como buenos estudiantes deberíais preguntaros qué certeza podemos tener ante lo que os acabo de decir. Porque efectivamente no se busca el sentido de la vida como se buscan otras cosas. Cada pregunta tiene su enfoque, marca su camino hacia la posible respuesta. No es lo mismo preguntarse por la lealtad de un amigo que por la construcción de un edificio, para saber si los números cuadran tendré que saber matemáticas, para conocer si puedo confiar en un amigo la certeza me viene de la memoria de mi relación con él. Todo en la vida es fe. La fe no es ciega, es el único método

posible para vivir. ¿Acaso compruebas cada vez que bebes si el agua está en buen estado?, ¿o si el coche en el que te montas tiene alguna avería grave?, ¿o si la persona a la que amas te va a traicionar? No tendríamos vida para vivir, y todo sería ya un infierno. La confianza en la verdad de las cosas supera cada día nuestras comprobaciones.

Importa tener certeza de la verdad o falsedad de lo que se vive, se cree o se afirma en todos los órdenes de la vida, pero esta no se adquiere siempre con el método empírico o científico. En otras palabras: para comprender a una persona sería irracional querer entenderla como se entiende una ecuación o se resuelve un problema de laboratorio. En estas cuestiones del sentido la certeza que se puede tener es una certeza personal, existencial, moral, no científica o matemática.

Y desde ahí, que tiene mucho que ver con el amor y la amistad, os propongo interrogar el cristianismo, como camino de posible respuesta. Como os he dicho, hay más caminos. Yo os cuento el que me ha parecido merecedor de mi confianza. Os aseguro que, a mí, como a vosotros, no me apetece perder la vida en milongas, tengo por alta estima mi tiempo aquí, nunca me permitiría que la fe en algo fuera un opio que me despistara de lo real. Me interesa en la medida en la que me permite vivir a fondo y con verdad lo que me sucede. Escoged el camino que os permita esto. Y, además, soy profesor, os explicaré esta vía de conoci-

miento que es la fe religiosa desde la exigencia de la universidad: dar razones de aquello a lo que nos adherimos. ¿En qué tenéis fe vosotros?, ¿por qué, por quién, ponéis la mano en el fuego?, ¿cuáles son vuestras razones para creer en esas cosas, en esas personas?

Por eso, si vuelvo al inicio de la carta veréis que os he hecho un poco de trampa. El lilo volverá a nacer porque hay razones científicas que lo dicen, la raíz no está muerta y la vernalización hará que lo que estaba oculto con el frío florezca al llegar el calor. Bien es cierto, que no solo mi intelecto se pone en funcionamiento al verlo, sino también mi nostalgia, y mi razón poética de la vida, y por eso puedo mirar mi jardín desde todas esas ópticas. En la universidad debemos asomarnos a la realidad desde distintas ventanas para verla con más perspectivas. Así miraremos el hecho histórico Jesús de Nazaret con datos y con el corazón puesto en juego. Lo haré en la próxima carta. Os deseo lo mejor.

Vuestro profesor

Marzo, llegó la primavera

Queridos alumnos:

El lilo ha florecido. Y junto a él otras plantas que también me hacen compañía en estos días de soledad. Yo que siempre he estado rodeado de gente, de fiesta... Este tiempo es extraño, pero también era necesario, me está ayudando a entender cosas, a agradecer otras. Os cuento una buena noticia, parece que mi cuerpo se pone en marcha y hay cierta esperanza de que pueda volver a andar. Cuánto echamos de menos aquello que ni siquiera poníamos en duda antes, como es tener *dos patas* que nos hagan correr cual gacela. Pero de pronto, algo sucede y lo cotidiano ya no lo es. Y te das cuenta de que tampoco habías hecho nada por merecerte antes lo que tenías, solo que nadie hace problemas por tener dos piernas robustas y una vida buena. Pero precisamente cuando las cosas no nos vienen bien dadas es el momento de luchar por nuestra libertad. Os lo digo ahora que no tengo capacidad de ir al baño solo, no

hago toreo de salón. Os lo digo ahora que estoy metido en el gran misterio de mi vida, pero siento una invitación potente a encontrar la razón de mi existencia. En estos momentos me pregunto con fuerza ¿qué soy yo?, ¿quién soy? Y, ¿quién puede ayudarme? Y, ¿para qué va a ayudarme? Prefiero saber para qué volver a andar que hacerlo sin más. Os pillaré lejos esta inquietud, vosotros que tenéis una energía de titanes. Pero si lo miráis a fondo, no somos tan distintos. ¿Para qué quieres vivir tú hoy?

Decía **Viktor Frankl** en *El hombre en busca de sentido último* que la religión precisamente es buscar respuestas a estas preguntas y lo hace de mano de otros autores que han buscado con ahínco las leyes de la naturaleza. Os lo cito aquí:

Por cierto, mi definición de religión es igual a la que ofreció Albert Einstein (1950), y que dice lo siguiente: «Ser religioso consiste en haber encontrado una respuesta a la pregunta ¿cuál es el sentido de la vida?». Y hay todavía otra definición, propuesta por Ludwig Wittgenstein (1960), que dice lo siguiente: «Crear en Dios es comprobar que la vida tiene un sentido». Como ven, Einstein, el físico, Wittgenstein, el filósofo, y yo, como psiquiatra, hemos propuesto definiciones de religión que se solapan unas a otras.

Para dar crédito a esta idea debemos primero saber qué tipo de religión es capaz de dar respuestas y si esa

religión es merecedora de verdad. No puede valernos cualquier intento. Desde luego a mí no. Cuando la vida aprieta quieres que la propuesta tenga consistencia, que pueda explicar y medirse con todo lo que nos sucede. Imagino que a vosotros os pasa igual. ¿Qué cosas os sirven y qué no?, ¿qué tipo de consejos o frases os permiten vivir mejor y cuáles os parecen frases hechas? Haced este ejercicio para hacer crecer vuestro juicio crítico.

Así que, si vamos a estudiar el cristianismo, por las razones que vimos en la carta anterior, debemos comenzar por el principio. La creación del cristianismo se remonta dos mil años atrás, es inevitable que os preguntéis si las cosas sucedieron como dicen sus relatos o estos son leyendas que se apoyan en algún recuerdo. De aquí que lo primero sea estudiar la solidez de las fuentes que tenemos y la historicidad de su narración, puesto que se trata de un acontecimiento histórico sucedido en Judea en el siglo I que pretende incidir en nuestra actualidad. Si ese suceso es un mito, es decir, la creación narrativa simbólica de una realidad no es histórico. O bien si es una leyenda, un relato con cierto trasfondo histórico, como el rey Arturo, pero poco conocido y aumentado por el tiempo, tampoco nos sirve. Solo si el acontecimiento cristiano está documentado y podemos conocerlo según las categorías propias de la investigación histórica, podremos reconocerlo como hecho. Esto no significa que

ese hecho me salve la vida o merezca mi fe. Ese paso aún no se ha dado. Ahora solo buscamos saber que lo que se dice que sucedió ocurrió de verdad, para que los cimientos sean firmes. Así lo expresa el investigador **José Miguel García** en su obra *Los orígenes históricos del cristianismo*:

Los Evangelios son relatos testimoniales de hechos que tuvieron lugar en un país y tiempo precisos. Es verdad que hablan de un acontecimiento único: que Dios se hizo hombre en Jesús de Nazaret. Un acontecimiento imposible de inventar por la razón humana; incluso hoy todavía la razón se resiste a aceptarlo. Ciertamente con su testimonio los evangelistas quieren favorecer el encuentro salvífico con Jesús. Pero esta peculiaridad de los Evangelios no supone en sus autores una ausencia de interés por la historia.

¿Por dónde empezamos? Por los documentos que tenemos. Hay fuentes grecorromanas y judías no cristianas donde se da por supuesta la existencia de Jesús de Nazaret y de sus seguidores. Esto apoya la idea de que el cristianismo no puede ser un mito si personas enemigas del mensaje constatan la información, aunque sea para juzgarla con dureza. Tenemos el caso de **Cornelio Tácito**, por ejemplo, uno de los más grandes historiadores romanos que narró en los «Anales» (sobre el 115 d.C.) la historia de Roma de Augusto a

Nerón. Para su redacción utilizó documentos de carácter oficial conservados en los archivos, memorias privadas de personajes significativos y fuentes historiográficas, es decir, obras de otros autores, la mayoría de las cuales se han perdido. Al contar el incendio de Roma alude al intento de Nerón de culpar a los cristianos y lo dice de esta manera:

Para acabar con los rumores, Nerón presentó como culpables y sometió a los más rebuscados tormentos a los que el vulgo llamaba cristianos, aborrecidos por sus ignominias. Aquel de quien tomaban nombre, Cristo, había sido ejecutado en el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilato; la execrable superstición, momentáneamente reprimida, irrumpía de nuevo no solo por Judea, origen del mal, sino también por la Ciudad, lugar en el que de todas partes confluyen y donde se celebran toda clase de atrocidades y vergüenzas.

Desde luego nos queda claro que no le caen simpáticos los cristianos y también que no es un invento suyo. Está narrando un hecho de la historia. Por las mismas fechas que Tácito (55-125 d.C.) está el filósofo **Mara Bar-Serapion** que enumera en una carta a su hijo a tres grandes filósofos que murieron por sus enseñanzas, Sócrates, Pitágoras y el rey sabio de los judíos. No lo sitúa en la divinidad sino en el plano de la existencia.

Es decir, que ha existido. Y junto a ellos, el historiador **Plinio el Joven** (62-113 d.C.) quien escribió una carta al emperador Trajano aludiendo a Cristo y afirmando que existía una legislación contra los cristianos, de cuyos crímenes al parecer todos hablaban, pero nadie había comprobado. O Cayo Suetonio, Luciano de Samosata, Epícteto, Marco Aurelio... son hombres de los primeros siglos que en sus crónicas mencionan la vida del cristianismo como un hecho que está en la calle, certifican, desde fuera de la fe cristiana, que el origen de esa fe es un judío crucificado en tiempos de Poncio Pilato.

Estas son las fuentes griegas, pero judías también existen, con un acercamiento más afectado porque les tocaba más de cerca el asunto. Es el caso de **Flavio Josefo** que en el primer siglo expresa a su manera la historia del pueblo judío y aporta una información valiosa sobre Jesús, contando lo que a su vez se contaba, Jesús como hombre sabio que seguía vivo tras su muerte. Este documento no ha sido pacífico entre los estudiosos porque parece ser que había frases que parecían añadidos cristianos al texto original. Pero en 1971 un erudito judío de la Universidad Hebrea de Jerusalén descubrió la versión más fiable donde efectivamente no aparecen estas expresiones dudosas pero sí afirma sin lugar a dudas la existencia de Jesús, su pretensión de ser el Mesías, su condena a la cruz por Pilato y la existencia de unos discípulos que afirmaban

que estaba vivo. En la misma línea está el **Tratado del Sanhedrín** que recoge que en la víspera de la Pascua Jesús fue condenado por hechicería, es decir, por hacer milagros. O sea, fuentes históricas que no tienen interés en mostrar la divinidad y verdad de este personaje, pero que no pueden dejar de contarlos porque se trataba de un acontecimiento acaecido en su territorio y tiempo.

¿Entendéis qué significan todos estos datos que os estoy contando? ¿Me seguís? Lo que quiero mostraros es que Jesús de Nazaret ha existido. Lo sabemos porque judíos y griegos, a los que no les hacía ninguna gracia este personaje, hablan de él, aunque sea para criticar sus enseñanzas y a sus seguidores. Es decir, que no solo existió él sino una primera comunidad de nazarenos. Como veis, la parte histórica podemos tenerla más o menos vista con objetividad con fuentes no cristianas.

Ahora vamos a pasar a las fuentes cristianas, que son **los Evangelios**, relatos que nos narran la vida de Jesús, lo que hizo y dijo en su paso por este mundo, y el resto del Nuevo Testamento. Dejadme que os cuente antes algo importante para comprender la confianza que se puede depositar en una fuente histórica. La clave es el tiempo que separa su escritura de los hechos. Los historiadores reconocen que un escrito es histórico en una antigüedad de dos generaciones, 70-80 años. En ese lapso de tiempo nadie

puede inventarse un gran acontecimiento, ni religioso ni de ningún tipo, y conseguir que la mentira se implante. Imaginaos que ahora a vosotros os dijeran que la selección española no ha ganado ningún mundial, o que el rey Juan Carlos I nunca existió. Habría voces que dirían que eso no es verdad, vosotros mismos, y eso quedaría recogido en alguna crónica. Si además la mentira os afectara realmente, no permitiríais que se instalara en la memoria colectiva. Es el caso de los seguidores de un líder, poned aquí vosotros el nombre de alguien público al que admiréis. Si intento convenceros de alguna cosa suya de la que estáis seguros de que es falsa, seríais los primeros interesados en defender la verdad, porque de eso depende vuestra admiración. A los discípulos de Jesús les pasa eso y por eso escriben el Evangelio. Cuatro personas distintas que no se ponen de acuerdo para hacer un relato único y firmarlo todos, sino que deciden poner por escrito algunas esencias de todo lo que han vivido. La esencia de estos escritos narra que hace cinco, quince, veinte o treinta años atrás (dependiendo de cuál de los cuatro evangelios), un joven maestro judío de personalidad excepcional mostró una nueva mirada sobre Dios y sobre la vida humana que cautivó a muchos, que se hacía pasar por Dios y por eso fue crucificado, muerto y sepultado, aunque resucitó y subió al cielo. Este es el tweet. Pero para mostrar que esto no es un cuento, nos relatan los hechos, muy desnudos, sin mucha pa-

rafernalía, pero con gestos humanos claros, miradas y palabras que a ellos les han quedado grabados.

¿No os pasa esto? Sois muy jóvenes y quizá recordáis todo con mucha claridad, pero seguro que tenéis experiencia de alguna palabra de algún amigo o familiar que se os ha quedado clavada, a la que acudís con frecuencia, una mirada o gesto que parece que está dentro de vuestra cabeza, que os consuela u os duele mucho, y que camina con vosotros, siempre. Si os preguntaran quiénes sois vosotros pensaríais en ese suceso, aunque quizá ni recordéis bien el antes y el después, pero esa palabra o gesto os conforma. Esto es el Evangelio.

Sin embargo, lo más antiguo del Nuevo Testamento no son los Evangelios sino las **Cartas de Pablo**. Tienen un valor muy grande como fuente histórica. Las cartas paulinas seguramente fueron escritas en la década 50-60. Su pensamiento está ya formado cuando las escribe: Jesús de Nazaret es el Cristo, el Señor de la historia y el que murió y resucitó por nosotros. Pablo usa conceptos cristológicos que no explica porque supone comunidades capaces de entenderlos. Fácilmente podemos concluir que, si Pablo fuera el autor de estos conceptos, los acompañaría de las explicaciones pertinentes porque ¿quién escribe para que no le entiendan? Es así como constatamos que existen unos conceptos arraigados en las comunidades cristianas previos a los veinte años tras la muerte de Jesús. Había

pasado el tiempo y el esfuerzo necesarios para empezar a enseñarlos, explicarlos y repetirlos, hasta poder fijarlos como términos de uso común en unas cartas como las de Pablo. Sus textos son muy importantes para comprender y ampliar la historia de Jesús que no aparece en los Evangelios, como algunos datos de su biografía o de sus apariciones ya resucitado. Son datos que nadie contradice porque están en la tradición, en lo que se cuenta y han vivido los testigos que convivieron con Jesús. Todos los que reciben esta información saben que así ha sido. Pablo viene a ser un cronista y así le escuchan y leen, no es el fundador de lo que cuenta.

¿Entendéis el punto que os intento explicar? No estoy diciéndoos que Jesús de Nazaret sea la respuesta para vosotros, lo que os digo es que fue una respuesta, que existió y tuvo voz. Que esa voz os diga algo a vosotros es otra cuestión. Pero el primer paso para trataros de universitarios es que vuestra razón no se vea insultada, es decir, que no venga yo aquí a hablaros de una posible respuesta injertada en la historia si esta no se ha dado, si es una leyenda, si no ha existido. Si fuera así, no podríamos continuar. Pero creo que tenemos suficientes certezas históricas para hacerlo. Por eso, paso ahora a explicaros algo sobre los Evangelios.

Los textos originales que escribieron los apóstoles se perdieron. Pero como ha pasado con todos los textos antiguos que conocemos. No tenemos ningún original de un texto antiguo. Lo que conocemos de

la obra de Homero, Platón, Aristóteles, Cicerón, etc., ha llegado hasta nosotros como citas, traducciones, índices, referencias, antologías y, en el mejor de los casos, como copias de copias de copias de copias a lo largo de los siglos. Es decir, leemos textos reconstruidos con los fragmentos o las copias que nos han llegado, como si de un puzzle se tratase, personas a este servicio han ido rescatando y uniendo los fragmentos que se tenían o se iban descubriendo hasta poder tener una copia entera de la obra, así ha pasado con todos los escritos antiguos que tenemos y también con los textos bíblicos. Los manuscritos más antiguos que poseemos son de la Edad Media, así que os preguntaréis ¿entonces cómo podemos saber de verdad lo que escribieron sus autores? Pues aparte de por la confianza de la que os hablaba en cartas anteriores, ya que no dudamos de todo aquello que otros nos han hecho llegar, porque hay datos que nos permiten confiar. Hay dos cuestiones clave que hay que manejar cuando leemos textos antiguos. La primera es el número de copias que existe de un documento, porque entenderéis que a mayor número de copias mayor fiabilidad en la reconstrucción de los textos. El segundo dato es la fecha de composición del documento con relación al acontecimiento que cuentan, ya que a mayor cercanía con el hecho se reduce la posibilidad de error o manipulación del mismo. Nos confundiremos menos si lo que cuento en un whatsapp

a un amigo me acaba de pasar o si estoy intentando reconstruir los hechos de algo que fue hace varios cursos. Se entiende ¿verdad?

Pues bien, hay 5.838 copias del Evangelio frente a las 1.811 de la *Ilíada* de Homero o las 210 de la *Tetralogía* de Platón. Y ¿a que nunca habéis dudado de que Homero o Platón hayan existido y hayan dicho lo que les leemos? Y está bien que así sea. En cuanto a las fechas, que os decía que teníamos también que analizar, los Evangelios usan fuentes que fueron escritas entre diez y cincuenta años después de los acontecimientos narrados, principalmente los relatos de la pasión, que se remontan a los primeros diez años de cristianismo. Lo sucedido se narró en menos de dos generaciones. Frente a este dato os cuento que para narrar las historias que cuenta Homero pasaron siglos. No dejo de ser un profesor que echa de menos hacer garabatos para hacerme entender. Así que os dibujo un cuadro que os ayudará a visualizar lo que os quiero contar. Está al final de esta carta, a modo de posdata.

Al insistir en la historicidad de los textos no os estoy queriendo decir que sean historia en el sentido moderno de la palabra, que sean un texto biográfico como lo conocemos ahora. Pueden carecer de exactitud histórica, pero no de realidad histórica. Esto lo hemos visto muchas veces en clase. Si os dais cuenta tantas las fuentes no cristianas como las cristianas coinciden en lo mismo con distinto afecto y acepta-

ción del personaje, pero narran la misma esencia: un hombre que se cree dios y hace magia produciendo una revolución a su alrededor. Además, estos autores quieren situar lo ocurrido en un punto de la línea de la historia, tienen interés por contar lo ocurrido, a diferencia de los maestros filosóficos que quieren dejar ideas o reflexiones. Estos hombres nos remiten constantemente a un hecho y junto a él a referencias históricas de los nombres de los políticos del momento o los grupos sociales que había. Por otra parte, su lenguaje carece de todo brillo, bien podrían haber tenido alguna clase de retórica o figuras literarias, pero parece darles igual. Lo cuentan como si fueran cronistas. Es decir, que una biografía moderna tiene sus propias exigencias acerca de la vida del biografiado: precisión cronológica, documentación de los hechos y ambientación cultural y social en que transcurre la vida del personaje. Los Evangelios carecen de estos elementos esenciales. Está ausente prácticamente toda la infancia, adolescencia y juventud de Jesús; les falta información sobre personajes relevantes que aparecen en el relato, como Herodes, Pilato, Caifás o Juan Bautista; es escasa o nula la información sobre la situación social y religiosa de Palestina; su contenido parece formado por la unión de episodios diferentes, de los cuales solo un pequeño número queda localizado temporal y geográficamente. No son descripciones meticulosas de lo que Jesús

dijo e hizo, por lo que no pasarían el examen de una biografía según criterios actuales.

Se trata, sin duda, de una literatura especial, tanto por la excepcionalidad del personaje principal como por la intención que tuvieron los autores al escribir estos libros. Estas características condicionan la forma del relato, pero no se oponen a la validez histórica del mismo. Es importante que veáis esto para evitar confusiones, para que podamos seguir construyendo el diálogo sin que creáis que en algún paso habéis tenido que dejar vuestro rigor a un lado y entrar en el mundo de las hadas. No es así. Soy profesor, vuestro profesor, no os dejaría que lo hicierais, porque entonces mi trabajo no tendría sentido. Pero sí os pido que ensanchéis vuestra razón hasta que en ella pueda entrar un mundo que no podéis tocar y reproducir, pero que es tan real como el que sí. La verdad es más amplia que lo que podemos demostrar.

¿Qué tiene que ver todo esto con mi vida, con la vuestra, con mi convalecencia de estos meses o con vuestra necesidad de que los estudios sean para conseguir lo que queréis? ¿Qué tiene que ver lo que cuenta el Evangelio con nuestro deseo, con vuestro deseo de una amistad verdadera, con vuestras ganas de quitaros las caretas? Os invito a vosotros a seguir formulando preguntas, aquellas que os importen de verdad. Estas preguntas son necesarias para entablar un diálogo con la historia que nos ha precedido,

con la historia de este hombre que vivió hace dos mil años. Son la llave que nos abre a una vida más inteligente, conectada a todo aquello que pueda ser un buen navío para atravesar la existencia. La realidad es un signo. Todo lo os rodea tiene un significado, como si fuera un QR del alma. De alguna manera nos la jugamos en entender lo máximo posible.

Vuestro profesor

Autor	Obras	Cuándo se escribió	Fecha de la copia más cercana a la vida del autor
Aristóteles	Ética, Política, Poética	384 - 233 AC	100 DC (400 años de legancia)
Sócrates	Fregatas	496 - 406 AC	1000 DC (1400 años de legancia)
Julio César	Comentarios Opúsculos	100 - 44 DC	850 DC (900 años de legancia)
Homero	La Ilíada	900 - 400 AC	400 DC (1400 - 500 años de legancia)
Mateo, Marcos, Lucas, Juan	Evangelios	50-100 DC	96 DC (145 años de legancia)

Queridos alumnos:

Lo primero que quiero contaros es que este mes he tenido grandes avances en mi recuperación. Sé que os preocupa cómo estoy y esto me llena de fuerza. De alguna manera todos vivimos porque hay alguien que se preocupa por nosotros, que no le da igual si estamos bien o no, es más, que no le da igual que estemos o no. Nada es comparable con esto. Cuántas veces aquello en lo que nos hemos empleado, incluso habiéndolo acabado con éxito, no nos satisface, y enseguida tenemos que emprender otra cosa que nos vuelve a dejar vacíos. ¿Verdad que la alegría en la vida no tiene tanto que ver con la consecución de un empeño propio, sino con la existencia de una persona que nos dice que nos quiere siempre, pase lo que pase? Si lo habéis experimentado, lo sabéis. Ojalá tengáis a alguien así para cada uno de vosotros. Todos deberíamos tener derecho a alguien que nos ame, no porque lo merezcamos, sino porque

lo necesitamos, porque si no, no hay valiente que se ponga en pie por la mañana. Para mí habéis sido vosotros. Gracias por ello.

A finales de marzo pude dejar mi jardín para ver otros, los que crecen en las cunetas de mi calle. Me parecían imperiales las campanillas silvestres a las que nadie atendía. El mundo es precioso, deberían quitárnoslo de vez en cuando de nuestra vista para que volviéramos a abrir los ojos. Empezad a vivir así. No necesitáis la enfermedad para ello. Los inteligentes no necesitan la bofetada constantemente para reconocer lo que les rodea.

Lo que quería contaros en esta carta tiene que ver precisamente con esto. Nos quedamos en la anterior con un hecho extraordinario histórico y os decía que os preguntarais qué tiene que ver con vosotros. Si la condición que nos hemos puesto para empezar este juego en estas cartas es que nada ni nadie nos sean ajenos, un hecho como el de Jesús de Nazaret tampoco debe serlo. Más cuando este personaje ha dejado dichas afirmaciones tan contundentes que, o bien está loco, o tendríamos que pararnos ante ellas. Afirmaciones sobre este deseo de felicidad que tenemos, de que haya alguien que mire por nosotros, que se parta la cara por nosotros. Si leemos los textos evangélicos comprobamos que puede haber en ellos esta clave. Bien es verdad que se han dado diferentes lecturas de su vida, como maestro o mago, defensor de los dere-

chos humanos y de los pobres y oprimidos. Ninguna es falsa, pero son incompletas. Solo acogiendo todos esos rasgos de Jesús juntos podemos hacer su retrato. Y es curioso, porque una vez dibujado, su rostro aún es más misterioso. ¿Quién es Jesús?

Lo que sabemos de él es que fue preparando a sus oyentes para que entendieran que en sus labios la palabra *Dios* y, en especial, la palabra *Padre* significaba algo nuevo. Al utilizar esta palabra para hablar de Dios debía de causar admiración e incluso escandalizar a los que le escuchaban, porque decir *Abbá* es decir «padre mío», «papá». El pueblo judío al que pertenece Jesús honraba a Dios, lo respetaba y también lo amaba sobre todas las cosas, pero su distancia era tan grande, aún hoy, que nadie se hubiera atrevido a llamarle Papá. Jesús, además de esta provocación, vivía una aún mayor, promulgaba ser Él mismo la presencia de Dios en medio de los hombres, ser Él de la misma naturaleza divina.

Dice Jesús hablando con los discípulos y con sus mismos adversarios: *Las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado.* Y Él mismo nos da la clave de lo que sostiene su vida: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra.*

¿Cuál será la obra de Dios? Siempre me lo preguntó al leer esta frase. El dueño del cosmos tiene una

obra: ¿Cuál será su propósito? Y si este hombre llamado Jesús de Nazaret lo sabe, tenemos la posibilidad de seguirle los pasos, de seguirle de cerca. Ha estado a unos siglos y unos kilómetros de distancia de nuestros pasos, no más. Si es la huella de Dios en la tierra, realmente es alcanzable. Jesús habla con sencillez y muy en serio de este Dios que puede dar razón de nuestra vida, que puede aclararnos por qué y para qué hemos nacido. Nos muestra a Dios como Padre para que le preguntemos cómo vivir. ¿Es posible tener respuesta? ¿Qué creéis vosotros?

Para mí no son preguntas retóricas, no es un juego mayéutico de maestro y alumnos. Estoy igual que vosotros, mendigando la respuesta. Y a medida que la busco voy descubriendo más rasgos de este hombre que van a dar a mi línea de flotación, a mi deseo de tener a alguien que me prefiera siempre, que me salve, que me levante, que me diga que las cosas tienen sentido, que nada de lo bueno que me pasa se pierda. ¿Nunca os ha sucedido esto? Os ocurre algo muy bueno o tenéis un día luminoso, una conversación o una sorpresa y pensáis ¿cómo puedo guardarlo para siempre, no solo que no se me olvide, sino que no pase nunca? La belleza también necesita una respuesta, no solo el dolor.

Para que haya alguien así, capaz de «solucionar» esta vida, debe vivir libre de las ataduras humanas, pero a la vez, comprenderlas muy bien, haberlas ex-

perimentado, quererlas, no ningunear los límites que los seres humanos vivimos cada día, sino meterse en ellos y liberarlos. Jesús lo hacía con tres conceptos y realidades que los judíos entendían muy bien. Se ponía por encima de la ley, una ley que es dada por Dios como alianza a su pueblo. Pues bien, Él recoge la ley para explicarla, pero la perfecciona y dice cosas como *habéis oído que fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los Cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos...* A la interpretación vulgar de la ley antigua que identificaba al prójimo con el israelita y más aún con el israelita piadoso, Jesús explica el sentir de Dios, clemente y misericordioso, que beneficia a todos, que quiere a todos, que es padre de todos, no solo del que cumple. ¿No necesitáis vosotros esto? Yo sí, alguien que me siga afirmando, que siga apostando por mí, aunque yo no siempre cumpla.

No se trataba, pues, de simples derogaciones de la Ley mosaica, sino de una renovación que Jesús enuncia con autoridad. Recordemos que cuando Jesús habla del *habéis oído que se dijo* se refiere a la Ley que Dios le dio a Moisés en el Monte Sinaí, Ley suprema de los judíos. Y cuando dice *pero yo os digo* quiere ponerse por encima de esa Ley como su mismo Legislador. Y así hace con el sábado y el templo, dos nociones

sagradas para el pueblo judío al que le espanta ver cómo Jesús lo pone a su servicio, deja arrancar a sus discípulos espigas del campo en sábado y dice que Él es más grande que el templo, no rechaza estas realidades sino que las ordena, las coloca bajo su sabiduría. ¿No querríais también vosotros ser dueños de tantas cosas de vuestro pensamiento, de vuestra alma, de vuestra historia?, pero quién puede hacer eso...

Tantas veces nos pesa la culpa por cosas que seguramente no tengamos la responsabilidad, pero nos duelen y no podemos olvidarlas. De otras sí somos culpables de daños, pero ni siquiera sabemos gestionarlos, mejor olvidarlos, sepultarlos, duelen demasiado, además ¿para qué sacarlos a relucir? Una vez que se mencionan ya están ahí, y ¿quién nos ayudaría a solucionarlos?, ¿quién puede borrarlos, hacernos vivir con ellos? No tenemos seguridad de ello, mejor no tentar a la suerte. Pero ¿y si hubiera alguien que pudiera con todo eso, que nos calmara, que nos rescatase del mal que hemos hecho o sufrido...? Pues esa chulería es la que tuvo Jesús con sus coetáneos. Decía que les perdonaba, pero ¿quién era él para hacer eso? Si ni siquiera conocía a aquellos a quienes se lo decía. No me extraña que los judíos de su época, los líderes religiosos del momento, lo tuvieran cruzado, en realidad, pensadlo, Jesús era un impertinente, no se puede perdonar lo que no te han hecho a ti. A no ser que estés por encima de todos los hombres, tengas parte

en su creación, hayas sido defraudado por su comportamiento, es decir, seas Dios.

Si vemos un fragmento del Evangelio podemos «espantarnos» también nosotros de lo que ocurre, pero quizá comprender un poco más. Jesús está en Cafarnaúm, cuando le llevan a un paralítico para que lo cure. Al ver la fe de quienes habían hecho una abertura en el techo para descolgar la camilla del enfermo, dice al paralítico: *Hijo, tus pecados te son perdonados*. Los escribas que estaban allí pensaban ¡con toda la razón!: *¿Cómo habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios? Jesús, que leía en su interior, les regaña, les educa: ¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil: decir al paralítico «tus pecados te son perdonados», o decirle: «levántate, toma tu camilla y vete»? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados (se dirige al paralítico), yo te digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.* La escena es pavorosa. Jesús comprende que lo más difícil del mundo es que podamos con nuestra culpa, no hay nada más poderoso sobre nosotros que sentirnos culpables por el mal, ya sea sobre alguien, de palabra, de hecho, sobre nosotros... haber hecho mal. Y de esto, si realmente vivimos con conciencia, no nos levantamos. Es lo más difícil. Mucho más que echarnos a andar lesionados de un pie. La lesión del alma, del pensamiento, de nuestra historia nos tiene

en camilla. Y lo más doloroso es que esa camilla no se ve y debemos seguir caminando, disimulando delante de nuestros amigos. Pero hay uno en la historia que se ha plantado delante de ti, de mí, y nos ha dicho que sabe realmente cuál es nuestro dolor, y que nos lo puede quitar, delante de todos, viéndose o sin que nadie se entere, pero que puede, que nos quita la camilla. Este es su poder. Calmar nuestra angustia y que empecemos a querer nuestra vida. Que el sufrimiento, que todos tenemos no mande sobre nosotros, sea pequeño o grande, ¡total!, siempre nos parece que el sufrimiento que tenemos es el más grande y difícil de gestionar, porque es el nuestro. Siempre pensamos que, si no tuviéramos eso, ¡eso!, podríamos ser felices. Es decir, que sea grande o pequeño necesitamos que algo nos saque de él, lo solucione. Jesús pretende ser este tipo de respuesta, una que vaya al centro de la diana del sentido de cada vida, para cada persona.

Su lenguaje es sencillo, poético y directo: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré*. Estas palabras de Jesús nos hacen ver que quiere tener una relación real con cualquier ser humano que padezca un agobio. No habla de cansancio físico, sino de cualquier peso de la vida: soledad, ansiedad, incomprensión, injusticia, muerte, etc. Coge el dolor y lo convierte en luz. ¿No es esto magia? La magia que todos deseáramos. Y es ahí donde aparecen los milagros de Jesús, que precisamente son consi-

derados por tantos testigos hechicería o magia. Jesús se compadece de una madre que acaba de perder a su hijo y le resucita, llora con sus amigas Marta y María por la muerte de su hermano Lázaro y le devuelve a la vida, pero, sobre todo, el milagro es aquel que no se ve, que no es grandilocuente: libera a los seres humanos del peso de las circunstancias, les hace libres ante lo que les va bien y les va mal, su sufrimiento ya no determina su vida. Y no es porque Jesús sea una divinidad que quiere conseguir el estado de paz a pesar de los sucesos, consiguiendo un nivel de calma zen. No. Jesús mira de cara a la vida, le da su importancia y afirma que todo lo que nos ocurre puede ser bueno, santo, porque todo es parte de nuestro camino. Y ese camino se puede andar porque nos tiende la mano y nos dice que lo recorre con nosotros. Si quien recorre nuestra vida es Dios mismo, el que ha hecho las estrellas y ha puesto a latir nuestro corazón, algo de poder tendrá sobre lo que nos sucede.

Hay personas que se han creído esto y además lo han experimentado. Los discípulos de Jesús y aquellos coetáneos con los que vivió en Judea, pero también hombres y mujeres con los que le distancian veinte siglos. Es el caso de **Tim Guénard**. Un muchacho abandonado por su madre, que le dejó atado a un poste de electricidad, y maltratado por su padre hasta extremos inhumanos. De ahí pasó a un orfanato donde se maleducó, aprendiendo a robar, prostituirse y

seguir sufriendo muchísimo. Pero el mal no tiene por qué ganar. La pendiente de vértigo en la que estaba se frenó por personas que le rescataron y sobre todo por un corazón que a pesar de los pesares estaba bien hecho, y seguía queriendo ser feliz y bueno. Quizá se trata de un corazón en el que habita Su Dueño, y por eso Tim Guénard puede decir: *el hombre es libre de alterar por completo su destino para lo mejor o para lo peor, yo he hecho errar el golpe a la fatalidad, he hecho mentir a la genética, ese es mi orgullo*. Lo escribió en 2003 cuando publicó el libro *Más fuerte que el odio* donde cuenta su travesía.

No sé si me habéis seguido hasta aquí, si os sentís comprendidos. Pero lo cierto es que todos somos muy parecidos por dentro, nos duelen las mismas cosas y deseamos ser felices. Y es en esta tensión donde Jesús de Nazaret cambió por completo a aquellos que se encontraron con Él. Jesús constituye una presencia nueva en el mundo de tal magnitud, por lo que pretendía, que dividió la historia en un antes y un después. Esto es lo que nos encontramos al leer los textos evangélicos, si lo hacemos tomando en consideración todo, sin censurar ningún rasgo de Jesús o exagerando alguno de ellos.

Hay más hipótesis, podemos pensar que Jesús es un mentiroso que quiso llevarse de calle a la humanidad, pero siempre he pensado ¿para qué? Si aparentemente todo le salió mal. Además, si quería mentir, lo

lógico es que contara cosas creíbles, no precisamente aquellas que más rabia daban al pueblo judío. No parece esta posibilidad muy realista.

La segunda es que estuviera loco. Pero sus enemigos no le acusaron de estar loco, de hecho, no cumple con la tipificación del delirio mesiánico o místico. Cuando una persona está tan profundamente trastornada, nada más fácil que descalificarlo como tal delante del pueblo. Si realmente hubiera sido un demente, su locura sería de tal calibre que estaría a la vista de todo el mundo, sería tan evidente que tanto personas formadas como personas sin cultura podrían darse cuenta. Sin embargo, esos enemigos que le persiguieron hasta colgarlo de una cruz no le acusaron de loco. Los escribas y fariseos, hombres inteligentes y preparados, le tomaron en serio, pendientes hasta el detalle para poder enjuiciarlo. Y si un loco vivo no puede convencer a nadie que esté en sus cabales, ¿a quién va a convencer un loco muerto y fracasado por su locura?

Quizá su pretensión de ser Dios puede ser verdadera. Con esto no os estoy diciendo que Jesús fuera Dios, esta afirmación solo se puede hacer en el ámbito del afecto y de la experiencia. De la misma forma que yo no os puedo decir que esa chica sea el amor de tu vida porque cumple con una serie de rasgos que encajan perfectamente con tu carácter. Eso, lo comprobaréis cada uno de vosotros cuando os llegue el momento.

Lo que sí puedo decir es que parece ser, si analizamos a fondo los textos y sus consecuencias históricas y personales a lo largo de los siglos, que ese Jesús se creía que era Dios y que esa hipótesis es la que más concuerda con lo que sucedía cuando Él estaba y lo que le sucedía a la gente cuando le seguía, lo que sigue sucediendo hoy en día cuando le creen.

Al final la vida se juega en reconocer, secundar, obedecer, pegarse al clan, a la tribu, a las personas donde encontramos este afecto, alguien que nos diga que pase lo que pase nos va a querer. El cristianismo es la radicalización absoluta de esto y esta es la invitación que nos hace. Su mensaje es Jesús mismo, que está más interesado que nosotros en que vivamos, aquí y ahora, no en el cielo. Eso es lo que les decía a los que se encontraba, de muchas maneras, con parábolas y con milagros, pero esto es lo que les transmitía: puedes vivir porque yo te quiero, quiero tu bien, quiero liberarte. Y esto es lo que sigue diciendo a través de los siglos, de generación en generación, a través de otras personas.

Os paso el relevo, queridos alumnos. No buscar es renunciar a vivir. Y dar por respuesta un prejuicio es no haber entrado siquiera a la batalla. Buscad vuestra propia respuesta a todo esto, sea la que sea, pero la vuestra.

Vuestro profesor

Mayo, comienzan los días largos

Queridos alumnos:

Me encuentro prácticamente recuperado del accidente, ya puedo moverme con facilidad, aunque hay algunos huesos y músculos que se encargan de recordarme lo que he vivido. Esto lejos de ser un mal puede ser una bendición, me recuerdan que hay algo más importante que mi agilidad, me dicen que la fuerza radica en otro lugar que no está en las piernas. Todos los límites que tenemos podemos convertirlos en invitación, en posibilidad, para mirar más allá, más arriba, más hondo. En esto ando atareado antes de que llegue el verano, en aprender a vivir de otra manera. Cuando te sucede algo grave en la vida, o un poco más serio de lo normal, piensas que ya has aprendido la lección, que nunca te volverás a agobiar por lo que te agobiabas, que disfrutarás más de todo. Sin embargo, al segundo día ya estás igual, y te decepcionas ¿verdad? Pero no hay que desanimarse. Tenemos el deber de educarnos cada día

a nosotros mismos, de hacer memoria de lo que nos ha sucedido para volver a actualizar cómo queremos vivir. No os canséis, no somos máquinas, no nos podemos programar y por eso cada día tenemos que volver a poner nuestra libertad y decisión en pie. Eso es lo que hace que la vida sea una aventura apasionante.

Pero es verdad que hay límites que parecen insondables. La muerte es uno de ellos. Cómo poder mirar el final de los finales con esperanza. Es imposible. Esto es lo que les pasó a los que seguían a Jesús. Él había dicho cosas preciosas, las había hecho también. Incluso había traído a la vida a muertos, un hecho que es atroz e incontestable. Pero ahora se había muerto Él y no parecía tener reemplazo, nadie podía traerle a Él. Es decir, Jesús tiene una pretensión inaudita, como hemos visto en la carta anterior. La pretensión extraña de poder ayudarme a mí con mi vida. Sin embargo, su vida terminó, al igual que la de cualquiera de nosotros. Si Jesús es un muerto más, su pretensión no interesa, quedó enterrada con Él y se convierte en un hermoso recuerdo. No obstante, después de su muerte sucedió algo extraño. Dejarme que os haga una panorámica. Han pasado tantos siglos por medio, tenemos tantas ideas, estampas, catedrales y «Nietzsches» por encima que ya no somos capaces de sorprendernos. Pero lo que sucedió esos días en Jerusalén es bien extraño.

Os hago la escena del día siguiente de la crucifixión: mientras caían las tinieblas, las últimas muje-

res volvieron a casa. Todos estaban llenos de dolor, vergüenza, desolación y fracaso. ¿Qué quedaba sino un cuerpo muerto, destrozado? Soledad. Ni siquiera le lloraron abiertamente, porque a los condenados a muerte no se les llora. Ni siquiera le acompañaron todos sus discípulos. ¿Dónde están los que habían dicho moriremos contigo si hace falta? Judas se ha suicidado. Pedro le ha negado. Están escondidos porque todo en lo que creían se ha acabado. Su líder ha muerto como un criminal, apaleado, azotado, entre risas y burlas, escupido, denigrado. No ha muerto una idea, había fracasado una vida entera, llena de signos que ahora se desvanecían. El que era la promesa para sus vidas estaba siendo pasto de los gusanos, de la muerte, como cualquier hombre. Comienza el sábado de soledad en el sepulcro y de desesperación en el corazón de los discípulos. Frente al sepulcro nadie esperaba que pudiera abrirse nunca. *¿Quién nos correrá la piedra?* Es la expresión que utilizan las mujeres que van a embalsamar el cuerpo. Esta afirmación es el grito metafísico, existencial, de toda la humanidad, que es lo mismo que decir ¿quién podrá solucionar este final al que estamos abocados?

La mañana del domingo los que estaban asustados se alegran y empiezan a decirse unos a otros que Cristo ha resucitado, que lo han visto, que han comido y hablado con Él, llenos de inmensa alegría, transformados. Y lo hacen en Jerusalén, cerca de las autori-

dades judías y romanas que han condenado a Cristo hace solo unos días, delante del pueblo que prefirió a Barrabás. A escasos metros de la Cruz, pasan del miedo a la fe, de la desesperanza a la confianza, de la confusión a la certeza, de la cobardía a la voluntad inquebrantable. Siguen siendo Pedro, Juan, Tomás..., pero ya no son los mismos. Deciden predicar un mensaje que no empieza con programas sociopolíticos, máximas ejemplares o indicaciones morales. Aseguran a todo el mundo que Cristo está vivo, que ha salvado a la humanidad y que, por el Espíritu Santo, ofrece una vida nueva. Ante la pregunta de qué les había pasado respondían que Jesús ha resucitado. Sin más adornos, con el estilo directo de quien ha sido testigo de un hecho y lo cuenta como lo ha visto. De repente, el sepulcro es olvidado, el maestro tan querido no es visitado por nadie en su tumba. ¿Cómo se explica todo esto?

Porque no hay cuerpo en la tumba. Antes de que transcurriesen quince años de la muerte de Jesús ya existían sólidas tradiciones escritas que mostraban lo arraigada y extendida que estaba la convicción de que Cristo había resucitado. Pablo es buena prueba de ello cuando les dice lo siguiente:

Os transmití, en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y

más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí.

Es un texto que apuntala el credo de los cristianos, que parece estar escrito antes de que hayan pasado cuatro décadas de los acontecimientos. Pero lo que me interesa mucho que observemos ahora es el comportamiento de los discípulos. Es extraño. No parecían estar tramando una propuesta electoral, sino que estaban atemorizados, escondidos, y cuando salen es para subrayar solo un hecho, ninguna idea: Jesús vive. A mí se me ocurren algunas posibilidades ante este acontecimiento y me gustaría que vosotros las pensaseis conmigo. O bien es mentira, los discípulos mienten y se lo inventan todo; o bien no quieren mentir, simplemente están consternados y se engañan a sí mismos; o bien dicen lo que han vivido.

Que los cristianos se lo inventaran no encaja con la psicología de la mentira. Uno inventa algo para ser creído, no para desafinar con la mentalidad imperante del momento. Los judíos creían en la resurrección final universal, tenían en su imaginario el rapto de Elías a los cielos, pero la resurrección de Jesús tal y como nos ha llegado no cabe en la cabeza de un judío. Los discípulos dicen que han comido con él, que han hablado, que

han pasado tiempo juntos como se pasa con un amigo que ha vuelto de un viaje. Y afirman esto sabiendo las posibles repercusiones que tendría para ellos. A esto se suma que no tienen credibilidad en ese momento porque afirman que las primeras en ver a Jesús resucitado son las mujeres. Este dato importa porque la verosimilitud de un relato va íntimamente ligado a la autoridad que se da al testigo que lo cuenta. Es decir, ¿cuáles son las razones por las que vosotros creéis un mensaje? Me adelanto a pensar que es por la razonabilidad del mensaje y por la credibilidad de quien te lo dice. Si es aquel que siempre manipula la clase, tienes más dificultades para creerle, ¿no? Pues bien, en aquel momento a las mujeres no las consideraban informadoras válidas, su testimonio no tenía autoridad. Lo dice el historiador Flavio Josefo, del que os hablé en la carta de marzo, quien se expresa de semejante manera (sí, os podéis tapar los oídos): *Los testimonios de mujeres no son válidos y no se les da crédito entre nosotros, por causa de la frivolidad y la desfachatez que caracterizan a este sexo.* Pero es que los romanos piensan igual, Celso afirma que *los galileos creen en una resurrección atestiguada tan solo por algunas mujeres históricas*, y solo hay que ver que el propio Pablo tampoco cita a mujeres en su listado de testigos de la resurrección. Ciertamente, si no borran este dato quizá es porque así fue como sucedió. Yo siempre he pensado que, si es verdad la resurrección, Dios no entiende mucho de marketing. Basta

con leer el Evangelio de Lucas para darse cuenta de lo que les supuso este primer anuncio a los discípulos, relata que las mujeres habían visto a Jesús vivo y que *ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron*. Los discípulos forman parte de ese pueblo que no cree a las mujeres. No son *outsiders*, viven la cultura a la que pertenecen. Sin embargo, deciden ser leales con lo que les ocurre y contar las cosas sin maquillar, como les ha pasado. ¿Nos pasa que os sucede algo muy importante y queréis contarlo tal cual? Aunque haya partes que os facilitaría no contarlas, quizá por no tener problemas con alguien, pero queréis ser fieles a lo que os ha ocurrido, aunque se enfaden o no os crean. Los discípulos no eran muy diferentes a nosotros.

Y el otro dato importante es que nadie fue al sepulcro a presentar la prueba de Jesús muerto para que dejaran de crear revuelo; el sepulcro estaba vacío. ¿Quizá porque robaron el cuerpo? Podría ser. Se trata de unos hombres y mujeres que han dado su vida por seguir a Jesús, defendiendo ideas y hechos que les ponían contra las cuerdas, enemistados con las autoridades, y que ahora no están dispuestos a que el relato acabe en fracaso. Os vuelvo a invitar a imaginar. Viajad hasta ese momento. Contemplad la escena.

Estáis delante de una tumba excavada en la roca y cerrada por una enorme piedra redonda. Delante del sepulcro había una guardia puesta específicamente para evitar el robo. En el supuesto de que unos rudos

seguidores del difunto hubieran ganado en la pelea contra unos soldados profesionales, ¿la lucha no hizo ruido en la silenciosa madrugada de Jerusalén llena de peregrinos que dormían, dentro y fuera de la ciudad? ¿Y qué hay del escándalo que hubiera causado que unos judíos se hubieran enfrentado a soldados romanos y les hubieran podido? ¿Dónde están los guardias heridos en la lucha? No hay más que presentarlos ante el pueblo para probar el robo. Pero es que además profanar una tumba para un judío es un pecado grave y tiene que purificarse. Podría ser entonces que el cuerpo fue robado mientras la guardia romana dormía, pero según el código de honor militar romano, un soldado que se dormía durante su guardia era castigado muy severamente porque de ellos dependía la seguridad de los que estaban descansado. ¿Y se durmieron los guardias? Se les había pedido expresamente en este caso que vigilaran con precaución porque se trataba de una misión especial, pero en medio del silencio de la noche, a pocos metros de donde vigilaban, ¿alguien corre una piedra de semejante tamaño y los guardias siguen durmiendo?

Esta hipótesis del robo sigiloso es difícil de creer. Si efectivamente los apóstoles hubieran robado el cadáver, y además no se esconden, sino que van diciendo por ahí que las autoridades eran responsables de esa muerte, ¿nadie los juzga por profanar una tumba y robar un cadáver? En todo caso, sigue estando el sepulcro vacío.

La siguiente hipótesis es que se autoengañan. A mí esta posibilidad me conmueve. La entiendo. Cuando algo te ha conquistado en la vida no soportas la idea de que tampoco eso sea la salvación. Un amigo, una novia, la carrera, el destino que esperabas... alguien o algo con quien pensabas que todo iba a tener sentido, que no te iba a fallar, que te iba a hacer feliz, y de pronto no es así. Es difícil sostener esta esperanza rota. Es normal justificar, disfrazar lo sucedido, engañarse para que el dolor no sea tan fuerte y nos rompa. Quizá les pasó esto también a los discípulos. Estaría justificado. Ellos no quisieron engañar a nadie, pero tuvieron visiones que no eran reales, alucinaron.

Ante esta hipótesis, volvemos a los relatos para analizarlos. Se dan dos circunstancias. En primer lugar, la psiquiatría revela que ninguna alucinación va acompañada de la duda sobre lo que se cree haber visto. Sin embargo, algunos de los protagonistas de las supuestas alucinaciones dudan. Cabe destacar que las patologías alucinatorias son progresivas hasta la ruptura total de la personalidad si no son tratadas, pero esta empezó y terminó en 40 días. Segundo, cada persona no alucina igual. No obstante, estaríamos hablando de alucinación colectiva (María Magdalena, los once en el Cenáculo, los dos de Emaús, los 500, Pedro, Santiago, entre otros), una alucinación colectiva idéntica para todos no se conoce. Podría hipotetizarse una especie de contagio psicológico en el grupo, deprimido por

el fracaso y la muerte del líder, pero ¿cómo se explica que Pablo, persiguiendo a los cristianos, viera también al resucitado varios años después de su muerte? No es posible que estuviera sugestionado por la supuesta locura de aquellos a quienes perseguía. De nuevo, si ellos alucinaron y expandieron semejante delirio, las autoridades judías o romanas podían haber fácilmente parado el engaño mostrando el cadáver, pero no los trataron como dementes, sino como herejes. La supuesta alucinación explicaría solo los relatos de las apariciones posteriores a la muerte, no la tumba vacía ni la pérdida del cadáver.

Nadie, nunca, ha dado una explicación alternativa a la resurrección de Jesús que satisfactoriamente explique los relatos de los Evangelios, el origen de la fe cristiana, el fracaso de los enemigos de Cristo aportando el cadáver para frenar la mentira, la existencia de la tumba vacía y la piedra rodada.

Con esto yo no os estoy afirmando que la resurrección de Jesús esté probada, sino que hay que asomarse a esa posibilidad para posicionarse ante el hecho histórico. Y ¿por qué me interesa? ¿Por qué me interesa verlo con vosotros? Porque la muerte nos persigue, la nuestra y la de los demás. No nos da miedo solo morir, sino que se «nos» mueran las personas que queremos. ¿Habéis visto? Con pocos verbos utilizamos el reflexivo. Cuando la gente se muere se muere ella, no nosotros. Sin embargo, se «nos» mueren. No hay nada que sea más nuestro que su ausencia. Por eso, si hay

alguien que ha pisado esta tierra y parece ser que la otra orilla también, y ha vuelto para decirnos que no nos preocupemos, que nuestra vida está guardada y protegida, que el ataúd no será nuestra última casa... a mí me interesa. Me interesa si es verdad, claro. Prefiero la herida a la mentira. ¿Vosotros? Me interesa saber qué opináis, cómo lo vivís. Entiendo que os queda lejos, o eso pensáis, y comprendo que no os apetezca preguntaros por esto. Pero también os digo que de cómo uno se responde ante la muerte así vive. Una vida apasionante y apasionada no es la que no mira el final, sino la que sabe que ese final es un dato que puede hacer de la existencia algo verdaderamente valioso.

Dice el cantante **C. Tangana** que antes de morir quiere el cielo y el ciento por ciento. Es el final el que nos hace plantearnos qué es lo que queremos antes. Pero si la muerte no fuera el final, sino otra cosa que no podemos imaginar, entonces la vida adquiriría además más interés, más posibilidades, porque lo que suceda aquí está conectado con un mundo eterno. ¿Qué significa la eternidad? No lo sé, pero sé que daría contundencia a lo que me sucede aquí, a lo que yo amó de aquí.

Vosotros sois mis mejores alumnos no por vuestro cociente intelectual, sino porque sois valientes y audaces, os cuestionáis todo, no dais nada por sabido. Adelante, seguimos hablando.

Vuestro profesor

CARTA 6

Junio, he vuelto a la universidad

Queridos alumnos:

Me han dado el alta y aunque me costaba venir sabiendo que ya no estaríais, he vuelto a mi mesa de estudio. Aquellos lugares que han sido «casa» hay que cuidarlos. No da igual nuestra presencia, no da igual estar o no estar en los sitios, no da igual. No somos espíritu, somos un cuerpo, un espíritu encarnado que se relaciona. Es cierto que a veces el cuerpo nos pesa, se enferma o no nos gusta como es, y entonces tenemos la tentación de querer ser solo espíritus que vagan, sin forma, que se relacionan sin el drama de la corporeidad. Pero gracias a tener brazos, neuronas y corazón podemos darnos un abrazo y sentir al otro, podemos sentir el cuidado de los demás en nosotros. Nada es comparable a esto.

Precisamente nos quedamos en la última carta hablando de ese cuerpo que se marcha, habitado por el alma. Nos quedamos hablando de la muerte y de su

aguijón. Cuando nos morimos nos morimos enteros y, aunque creamos, si lo creemos, que el alma está viva, seguimos llorando porque no podemos abrazar ni comer con el alma del que amamos. Por eso la resurrección de Jesús deja en shock a sus discípulos. No solo pueden tener la certeza de que está vivo el amigo, cosa que no podemos tener ninguno de nosotros de nuestros amigos muertos, sino que pudieron comprobarlo, volvieron a tomar «pescaíto» frito en la playa juntos. Nos podemos preguntar por qué hacía falta semejante demostración, quizá sería más aséptico y poético que Jesús se hubiera convertido en un espíritu, leve, sin llagas en las manos, pero la verdad es que me resulta fácil contestarme: me gustaría volver a abrazar a mi padre muerto hace veinte años, no me conformaría con su alma. Quizá este Jesús nos conoce bien, quizá, si es Dios, sabe cómo estamos hechos, que es lo que en el fondo de nuestro corazón deseamos todos.

El caso es que este es el mismo método que utiliza para quedarse. Un método humano, fácil de encajar en el mundo. No se queda Él mismo, sería extraño tener ahora a un personaje con dos mil años, pero deja a otros encargados de hacerle presente, y a su vez les pide que vayan dando el relevo a otros, con su cuerpo, alma y circunstancias, y así hasta el fin del mundo. Esta es su forma de quedarse. De seguir siendo el Emmanuel, *Dios con nosotros*. No se nos pasa por alto el «matiz» de que esos a los que deja no son Dios, ni siquiera son

perfectos, es verdad. Pero eso es lo que parece que Él hizo. Por otra parte, no es muy diferente a lo que hacemos cada uno de nosotros en nuestra vida cuando tenemos que transmitir algo o cuando aceptamos un mensaje. Le damos credibilidad o no dependiendo de la confianza que demos al mensajero. Si es mi mejor amigo, ese con el que comparto la vida y los gustos, el que me dice que hay una persona que merece la pena conocer o una serie de deberíamos ver, me lo creo.

Volvemos al lugar de los hechos, como si hiciéramos un flashback en nuestra historia. Quitad de vuestras cabezas todas las ideas que ya tenemos de la religión y su presencia social, y vayamos hasta los años treinta de nuestra era.

Unos meses después de la muerte de Jesús en el gobierno de Poncio Pilato encontramos unos seguidores suyos que dicen que ha resucitado. Pero también encontramos que comparten una conciencia de grupo, de comunidad: se reúnen formalmente, celebran los mismos gestos litúrgicos, comparten sus bienes, reciben nuevos miembros. Tienen claro que los Doce apóstoles son las columnas que sostienen la nueva comunidad de creyentes y que Pedro es su cabeza, la cabeza de ese grupo. Los tres Evangelios sinópticos repiten la lista de los elegidos, lo que subraya el hecho de que fueran doce, y cuando falta Judas se apresuran a completar el grupo. Están convencidos de que hay que salir al mundo a contar su encuentro con Jesús.

Por su parte, en el mismo tiempo, Pablo en la carta que manda a los Efesios presenta la Iglesia como un edificio construido *sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo la piedra angular*. Se refiere a la *ekklesia* (Iglesia) más de cincuenta veces en sus cartas, habla de diversas maneras de la Iglesia visible como el cuerpo de Cristo, como una comunidad de creyentes, como la casa de Dios, como columna y baluarte de la verdad. Además, escribe sobre «diáconos», «presbíteros» y «obispos», dando buena evidencia de que existía un clero cristiano diferenciado desde el primer siglo. Tras hablar así de la Iglesia, no hay registro de que alguien se levantara y lo acusara de innovar algo que Jesús nunca tuvo la intención.

Todo esto es suficiente para preguntaros: ¿De dónde viene esa conciencia? ¿Tiene algo que ver con lo que hizo Jesús o es un invento? ¿Qué creéis vosotros?

Lo primero que vemos en los textos es que es Jesús el que toma la iniciativa. Jesús llama a unos pocos cuando comienza su vida pública. Los primeros son dos parejas de hermanos que están en Galilea trabajando en la pesca. Jesús les habla con poesía, retándoles, se acerca y les promete que les hará pescadores de hombres. No sé qué entendieron ellos, pero el caso es que no le tomaron por loco. También nos cuenta el Evangelio que otra pareja estaba con Juan el Bautista y que fue este quien les invita a acercarse a Jesús, indicándoles que es Él al que realmente necesitan.

Jesús, de nuevo, se relaciona con una pregunta que va a la médula de lo que desean: *¿Qué buscáis?* No les da una charla, no les da un montón de reglas morales para irse presentando como líder, simplemente les pregunta sobre lo que ellos quieren en la vida. Utiliza la pregunta como método para que ellos se tomen en serio el camino, la relación que van a empezar con Él, para que sean libres y dueños de sus decisiones: *¿Qué buscáis?* Es una pregunta genial. Porque de qué buscaran dependía que Jesús tuviera sentido para ellos o no. Si buscaban poder, si buscaban dinero, si buscaban acabar con el dominio romano... no buscaban a Jesús ni la salvación que Él traía.

Yo os pregunto, dos mil años después, como vuestro profesor, lo mismo. *¿Qué buscáis vosotros en la vida, estudiando lo que estudiáis, haciendo lo que hacéis?*

El caso es que esta pregunta se les queda grabada a estos discípulos y muchos años después uno de ellos recuerda la hora en la que sucedió este encuentro. Esta escena me emociona porque a mí, y me imagino que a vosotros también, me pasa lo mismo con cosas que han sucedido en mi vida. Momentos que han podido pasar desapercibidos para los demás, pero que yo recuerdo con una claridad grande, acordándome de hasta lo que llevaba puesto. Eso le pasa a Juan que escribe *eran las cuatro de la tarde* cuando ocurrió. Siempre me he preguntado *¿qué más da este dato? ¿Qué aporta saber la hora?* Seguramente a nosotros

nada, pero para Juan todo. Su vida cambió, conoció el ideal, y quiere contarlo. Nos relatamos, nos explicamos a nosotros mismos, por las cosas pequeñas que rodean las cosas grandes que nos suceden. Debemos mirar con ternura todo lo que nos pasa porque todo puede ser un signo que aumenta nuestra valía. Vosotros sois muy valiosos, queridos alumnos, mirad con afecto lo que os sucede, no desechéis los detalles. Eso es lo que hizo este Jesús. Acudió a la realidad de los que tenía delante, les hablaba de lo que les interesaba. A unos les habla en términos de pesca, de lo que conocen bien, a otros directamente les pregunta por lo que desean. Los cuatro comprenden que el Mesías, si es Él, les está hablando a su vida. Comienza la formación de esta comunidad.

Siguen los encuentros hasta que Jesús suma doce miembros al grupo de seguidores. Les llama uno a uno, por su nombre. El destino de estos hombres, de ahora en adelante, estará íntimamente unido al de Jesús. El apóstol es un enviado, pero, ante todo, es un «experto» de Jesús. Le conoce hasta tal punto que custodia su enseñanza, no es simplemente proteger «un programa electoral», sino que lo que hace el discípulo es seguirle y vivir con él, hasta asimilar su presencia a la de Jesús. Pero esto no es un empeño de los apóstoles, sino una decisión del fundador, de Jesús. Podéis leer en el Evangelio de Mateo que Jesús confiesa a los Doce haberles dado a conocer el secreto del Reino de

los Cielos. Lo que les cuenta a los apóstoles no está al alcance de todos, les da un entrenamiento especial.

A su vez Marcos nos narra la escena de la elección de estos seguidores, está llena de signos y gestos significativos para el pueblo judío. Es el siguiente:

Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios: Simón, a quien puso el nombre de Pedro, Santiago el de Zebedeo, y Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso el nombre de Boanerges, es decir, los hijos del trueno, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el de Caná y Judas Iscariote, el que lo entregó.

En este pasaje debemos detenernos en varios detalles. Jesús sube al monte para escoger al grupo de sus discípulos más cercanos, evidencia así un paralelo notable con otra escena similar en la historia de Israel: el momento en que Moisés sube al Sinaí. Y el hecho de que escoja a doce, y no diez o veinte, delata la intención de convocar, en los Doce, a las doce tribus de Israel, el Pueblo de Dios. Es decir, la pretensión de Jesús sobre este grupo se enraiza en la historia judía y concede al grupo la autoridad que este pueblo concede a Israel. Les convoca y les da tres objetivos: estar con él, predicar y expulsar demonios. Esta es

la invitación que les hace. El primer «objetivo» es la condición de los otros dos: estar con Jesús es para los apóstoles la base de su fe y su misión. Conocer a Jesús, tener con Él un encuentro personal, es lo que le da consistencia a la predicación. En cuanto al poder de expulsar demonios, indica el lugar en el que Jesús se sitúa, el lugar de Dios, el único que puede tener poder sobre el mal.

Podemos pensar que esta misión, tan bien preparada por su iniciador, terminó al morir aquellos a los que había sido entregada. Sin embargo, son los propios apóstoles los que muestran seguridad, porque así lo habían recibido de Jesús, de que su misión habría de perpetuarse.

Por eso, una vez que Judas, uno de los doce, se suicida tras la traición al maestro, la comunidad cristiana se apresura a designar a otro para que tome su lugar. Como si de un equipo de fútbol se tratara, no puede haber uno menos en el campo. Y este equipo tiene un capitán que ha sido elegido por el propio Jesús, Pedro. Lo vemos en el siguiente pasaje, Jesús llega a la región de Cesarea de Filipo e interroga a los apóstoles: *¿Quién decís que soy yo?* Pedro coge la palabra con espontaneidad y exclama: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*. Jesús le respondió: *¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no*

la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.

A mí me parece, no sé a vosotros, que a Jesús no se le pasa por alto lo que acaba de hacer aquí, ha nombrado al *boss*. Hay una voluntad de dar a su Iglesia un fundamento, una roca, un poder en la tierra y en el cielo. En este fragmento podemos contemplar cómo Jesús da la autoridad a uno de ellos como cabeza y fundamento de la unidad de los Doce. De esta manera los primeros cristianos reconocieron la primacía de Pedro. El hecho de que Jesús cambie el nombre de Simón en Pedro es un acto en continuidad con la acción de Dios en la historia de Israel. Dios cambia el nombre de Abram en Abraham, el de Sarai en Sara, el de Jacob en Israel. Este cambio de nombre indica siempre una vocación y misión especiales y, en el caso de Pedro, esta vocación es la de ser piedra de la comunidad de seguidores a los que Jesús llama *mi Iglesia*. Este término del griego *ekklesia*, que significa *asamblea*, es traducción del hebreo *qahal*, precisamente, el término que se utiliza en el Antiguo Testamento para hablar del pueblo de Israel cuando aparece reunido en la Presencia de Dios.

Esto no hace ruido en los demás. Desde luego no llega hasta nosotros si les molestó que Pedro se convirtiera en el jefe. Parece que los otros aceptan, lo que ayuda a que poco a poco se vaya desarrollando el

aspecto jerárquico de la Iglesia. Hay una escena que quiero contaros porque me parece significativa para explicaros esto. Pablo de Tarso es un judío bien formado y lleno de carisma, que de alguna manera podríamos pensar que no necesita para nada a los apóstoles. Yo siempre me lo he imaginado como esos líderes arrasadores que tiene una personalidad que fascina, pues bien, en un momento dado quiere conocer a Cefas y permanecer con él una temporada como cuenta en su carta a los Gálatas. Desea recibir la confirmación de las *columnas de la Iglesia* como narra aquí: *Además, reconociendo la gracia que me ha sido otorgada, Santiago, Cefas y Juan, considerados como columnas, nos dieron la mano en señal de comunión a Bernabé y a mí, de modo que nosotros nos dirigiéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos*. El pescador de Galilea manda sobre el carisma de Pablo y le dice dónde tiene que dirigir su misión. Este gesto de tender la mano de Santiago, Pedro y Juan a Pablo y Bernabé era un signo institucional de transmisión de vida en Cristo. En los Hechos de los Apóstoles se muestra la conciencia que los primeros cristianos tienen de sí mismos, donde cada miembro cumple una función determinada, donde existe una jerarquía, se reparten las tareas y se acude a los apóstoles ante las dificultades que van surgiendo.

Os cuento otra anécdota que puede ilustrar bien lo dicho hasta ahora. Se trata del caso de Clemente Romano, tercer sucesor de Pedro en la Iglesia, que

interviene en asuntos disciplinares y doctrinales ante los corintios. En esta comunidad se estaba dando un levantamiento fuerte. La Iglesia de Corinto estaba fundada por Pablo y con estos galones podría haberse opuesto desacatando todo lo dicho por «el tercer papa». No fue así, se entendió que lo que dijera Clemente Romano venía directamente de la autoridad de Cristo, en un tiempo en que el último apóstol, Juan, aún vivía y se le podía haber consultado a él. Pero los primeros cristianos ya entienden que la autoridad moral de Juan, sin duda superior a la de Clemente, no era la que había que seguir para obedecer lo querido por Jesús, sino que para eso había que acudir al Papa.

Junto a los Doce, forma un segundo círculo de cercanos, los 72, para una misión complementaria. A estos les explica muchas cosas en privado y les envía de dos en dos por delante para que vayan preparando su visita. Luego les espera para seguir formándoles una vez han tenido la experiencia de predicar. Jesús educa sobre las cosas que suceden, sobre lo real, sobre a lo que a cada uno les importa. Una vez que estos 72 le contaban lo que habían hecho, visto y lo que les había pasado, Jesús les daba el significado, como un padre les iba introduciendo en la realidad. Jesús va dando sentido una vez que hemos visto el acontecer de la vida, que nos ha sucedido algo.

Como veis Jesús tenía un interés específico en ambos grupos. Estos dos núcleos o círculos concéntricos

de seguidores del Maestro, los Doce apóstoles y los 72 discípulos, tienen suma importancia en el nacimiento de la Iglesia, cuando Jesús ya no estaba físicamente con ellos y tocaba el momento de contar al resto de la humanidad quién era Él. Como os imaginaréis cada uno tenía su carácter, sus gustos, su vida, pero todos se habían unido en torno a Jesús y ahora lo que les unía era seguir haciéndole presente. ¿No os parece bellísima esta compañía? Con todas sus dificultades, las mismas que tenéis vosotros en vuestros grupos de amigos y las que tengo yo. Pero que haya algo que esté por encima de las circunstancias y los intereses particulares y haga equipo, sigue siendo emocionante.

Pues bien, esto lo han querido muchas personas en su vida. A lo largo de la historia humana, cuando alguien ha creído que tenía algo importante que decir a los demás, algo que permanezca vivo después de que él muera, normalmente ha escogido el mismo método de permanencia: reunir a un grupo de discípulos que continúe con la enseñanza de su forma de vivir, de su filosofía. Es el caso de Sócrates, Platón, Buda y otros. Y es que hay cosas de gran importancia para la vida que no se aprenden en libros o en conferencias, sino participando de las comunidades que las conocen, las estudian, y tratan de vivirlas. Está claro que Jesús de Nazaret era uno de los que querían que su mensaje y su obra perduraran más allá de su vida terrena y su método fue el que acabamos de contar. El método no

es nuevo, la novedad radica en la forma de su presencia en el grupo de sus discípulos, que con los años terminó autodenominándose Iglesia. Lo novedoso consiste en que Jesús permanece con ellos de una manera distinta, no como recuerdo de unas enseñanzas, sino como presencia real, afirma que estará vivo entre sus discípulos una vez que no le vean. Y no lo dice metafóricamente. Eso no se le ha ocurrido a ninguno de los maestros que hemos citado antes. Nunca nadie jamás pretendió seguir de generación en generación estando realmente presente. Jesús sí porque *donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*, dice a sus discípulos.

Esto es lo que dicen experimentar los cristianos hoy en día, afirman haber conocido a Jesús como lo conocieron Juan y Andrés ese día a las cuatro de la tarde. Parece ser que el Maestro dejó a su grupo unos signos que lo hacen presente en momentos importantes de la vida. Se llaman Sacramentos. Estos no son ideas ni símbolos sino el acompañamiento de Jesús mismo a los hombres que los realizan. Además, dejó también una Palabra que, leída y meditada, lo hace presente como alguien que realmente nos habla ahora. Y dejó su Espíritu, que hace posible todo esto en los que viven en esa comunidad. Esto, que parece tan imposible, es la Iglesia. Y esto es lo que transmitió Jesús a sus discípulos, y estos a los siguientes y estos a los siguientes y así... hasta llegar a mí que os lo trans-

mito a vosotros. El mecanismo parece inseguro, lo es, pero yo no puedo ofrecer otra cosa. El método que Dios ha elegido para darse a conocer está vehiculado por el ser humano, y no solo por aquellos aspectos que más agradan, sino por toda la persona, incluidas las cosas que quitaríamos si pudiéramos. Es decir, la continuidad en la historia tiene todas las grandezas y las miserias de la vida humana. Y así ha llegado a nosotros. Esta paradoja no la vemos solo nosotros, esta «incoherencia» la ve todo el mundo. Es evidente. Pero a su vez, también parece que esta Iglesia no ha dejado de transmitir a Jesús nunca, ni incluso en los peores momentos de su historia, por eso la gente sigue acudiendo a ella. Y yo me pregunto ¿para buscar qué? Pienso que para buscar lo mismo que los primeros discípulos, alguien que les enseñara a ver los lirios del campo y que pudiera consolar ante la enfermedad. Pero también pienso que eso no solo lo deseaban los hombres de Judea del siglo I, es lo que desean todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, como vimos en la primera carta que os mandé en enero. Es lo que he deseado yo estos meses de convalecencia, que alguien me ayudara a ver la naturaleza que parecía muerta fuera de mi habitación y que me dijera que volviera andar o no, todo estaba bien, iba a volver a ser feliz. Es también lo que creo que deseáis vosotros cada día que entráis en clase medio dormidos. Esta es la pretensión de Jesús, la que tuvo con su gente, pero

al resto no nos dejó abandonados, hay que probar a ver si en la Iglesia sucede lo mismo. Este es el reto que nos dejó.

Os cuento que hay dos pensadores que a mí me gustan mucho y que expresan esta búsqueda con mucha fuerza y un poco de dureza. Se trata del filósofo francés del siglo xx, **Jacques Maritain**, y su mujer Raïssa, con la que hizo un camino de búsqueda y pelea. Después de un largo recorrido y ante un sentimiento muy fuerte de aversión hacia la Iglesia Católica reconocen que es en ella donde está lo que buscaba. Su esposa **Raïssa**, exclama entonces *la verdad que tanto habíamos deseado nos había cogido en su cepo. Si Dios ha querido ocultar su verdad en un montón de estiércol tenemos que ir a buscarla allí*. Efectivamente, lo habéis entendido, ha llamado basura a la Iglesia, pero allí es donde se esconde lo que al inicio de estas cartas decíamos que buscábamos. La verdad que hay en la Iglesia no está reluciente, en una conferencia, en un manifiesto o en un libro de autoayuda, está en un montón de gente que siguen viviendo como si Jesús siguiera con ellos. La verdad no es una noción universal, no es una formulación, es una persona, es una relación con Él. Y ahora relacionarse con Él es relacionarse y conocer a muchas personas dentro de ese grupo que es la Iglesia. Por eso la pregunta pertinente que debemos lanzar es: ¿está Jesús con ellos?, ¿está Jesús realmente en la Iglesia? Esta es la pregunta rele-

vante, cuya respuesta ordena y prioriza el resto de las cuestiones que podemos hacerle a la Iglesia. ¿Tenéis otra pregunta a la Iglesia?

No se trata de una pregunta moral o cultural solamente, sino de la pregunta más adecuada al recorrido que os he hecho en estas cartas. La Iglesia es una institución coetánea a todas las épocas desde hace dos milenios, eso hace que vosotros y yo podamos interrogarla sobre aspectos que tocan nuestra vida cotidiana. Es legítimo. Hace cinco siglos podrían preguntarle por las cruzadas y ahora puede interesarnos su respuesta sobre la sexualidad. Y como la Iglesia es un pueblo que quiere vivir con verdad y en el mundo, debe tener una respuesta. Pero a mí me da igual la respuesta que tenga si primero no cumple la primera condición, que Jesús siga en ella. Si no es así, ya puede ser una estructura intachable humanamente, pero será un fraude a la promesa que hizo Jesús y que creyeron seguir los primeros cristianos. Y si, por el contrario, esta Iglesia está llena de defectos, pero sigue teniendo y dando la presencia de Cristo, entonces cumple la primera misión. Luego ya se le podrá exigir el resto de las peticiones justas. ¿Entendéis el punto? ¿Me seguís?

Para mí y para muchos la Iglesia ha sido la gran posibilidad de conocer a Cristo, y de que Él me conozca a mí. Por eso no la vivo como un partido o una asociación donde comparto con otros socios una estrategia de una idea, ni tampoco como un grupo ritual

donde podemos evadirnos del mundo... Para mí la Iglesia es una compañía de amigos que no me abandona nunca, donde Jesús sigue presidiendo la mesa, el de hace dos mil años, con su mismo poder y comprensión del hombre, me conoce a mí como conoció a Juan y Andrés, a Santiago y Pedro... Que me vuelva a suceder lo que les sucedió a ellos, la experiencia de estar delante del dueño de las estrellas y del dueño de mis penas, es la prueba de que vuelve a pasar, de que le puedo creer porque cumple lo que dijo y sigue diciendo a través de este pueblo. Por eso la Iglesia es la gran posibilidad de que mi vida tenga algo que ver con la de aquel que se dijo Dios. *Ven y verás*, me sigue diciendo, os sigue diciendo.

No hay más estrategia ni complejidad. Lo único que ofrece la Iglesia es una Presencia, una amistad, y eso solo se puede verificar si *vas y ves*, como hacemos con cualquier amigo. No os dejéis ni la cabeza ni el corazón para juzgar lo que veáis. No os conforméis con una respuesta que no esté a la altura de lo que valéis. Mucho, os lo dice vuestro profesor, valéis mucho. Porque la fe no es creer en Dios, sino descubrir que Dios cree y actúa en ti, todos y cada uno de los días de tu vida.

Nos vemos en septiembre.

Vuestro profesor

PD. Os dejo aquí las referencias que os he ido poniendo a lo largo de estas cartas. Seguid leyendo y escuchando a estos autores, os acompañarán en la vida:

- Cayo Cornelio Tácito «Anales» (2007).
- C. Tangana «Antes de morirme» (2016).
- Coque Malla «Santo, Santo» (2016).
- Eloy Sánchez Rosillo «La escondida fuente». En Antología Poética (1948).
- Flavio Josefo «Antigüedades Judías» (2008).
- Jesús Montiel «Lo que no se ve» (2020).
- José Ortega y Gasset «¿Qué es filosofía?» (2012).
- José Miguel García «Los orígenes históricos del cristianismo» (2007).
- Karmelo C. Iribarren «Mientras me alejo» (2017).
- Mara Bar-Serapion «*Epistula ad filium*» (73 d.C.).
- Par Lagerkvist «Un desconocido es mi amigo». En Obras Completas (1967).
- Platón «Fedón» (1998).
- Plinio el Joven «*Epistulae X, 96, ad Traianum Caesarem*» (2005).
- Raïssa Maritain «Las grandes amistades» (2003).
- Rosa Montero «Querido y odiado cuerpo» (El País, 4-08-2013).
- Tim Guénard «Más fuerte que el odio» (2010).
- *Tratado del Sanhedrín 43a*, Talmud de Babilonia (s. II a.C.-s. II d.C.)
- Victor Frankl «El hombre en busca de sentido» (2015).

«Vuestro profesor» es un grupo de profesores que viven la enseñanza y la universidad con esta pasión y con este amor por sus alumnos, por vosotros. A modo de cartujos saben que su comunidad es su voz y que no es necesario poner su nombre.

Pon contra las cuerdas lo que te han contado: si lo que Jesús ofrecía con su palabra, con su obra, con su mirada, con sus gestos, incluso con sus gestos más potentes como son los milagros, no tuviera nada que ver con tu corazón, con tu exigencia, con tu miedo, con tu alegría y con tu tristeza, con el deseo de felicidad de quien lee estas páginas, sería simplemente el mayor de los fraudes.

¿Es razonable creer verdaderamente hoy en Jesús de Nazaret?